



Revista Conflicto Social - Año 12 N° 21 - Enero a Junio de 2019

Vida cotidiana, moralidad proletaria y disposiciones militantes en el Movimiento Piquetero de Argentina¹

Daily life, proletarian morality and militant provisions in Argentina's Piquetero Movement

Marcos Emilio Pérez*

Recibido: 2 de mayo de 2019

Aceptado: 17 de junio de 2019

Resumen: Pese a importantes avances en la literatura sobre acción colectiva, nuestra comprensión del activismo es mucho más elaborada acerca del papel de las ideas que con respecto a la influencia de las rutinas. En este artículo, me baso en trabajo de campo etnográfico sobre el movimiento piquetero en Argentina para abordar este tema. Argumento que una atracción esencial de la participación en el mismo es la oportunidad de tomar parte regularmente en actividades asociadas con un ethos proletario idealizado. A través de la reconstrucción de rutinas pasadas y el desarrollo de nuevos hábitos, algunas personas progresivamente ven su participación como un fin en sí mismo, a pesar de obstáculos personales e incluso desacuerdos con sus organizaciones.

Palabras clave: América Latina; Argentina; Rutinas; Activismo; Movimientos Sociales.

Abstract: Despite important advances in the literature on collective action, our understanding of activism is much more elaborate about the role of ideas than with respect to the influence of routines. In this article, I rely on ethnographic fieldwork on the piquetero movement in Argentina to address this issue. I argue that an essential attraction of participation is the opportunity to take part in regular activities associated with an idealized proletarian ethos. Through the reconstruction of past routines and the development of new habits, some people progressively see their participation as an end in itself, despite personal obstacles and even disagreements with their organizations.

Keywords: Latin America; Argentina; Routines; Activism; Social Movements.

¹ Publicado originalmente en *Mobilization: An International Quarterly*: June 2018, Vol. 23, No. 2, pp. 237-253, bajo el título "Becoming a Piquetero: Working-Class Routines and the Development of Activist Dispositions".

* Departamento de Sociología y Antropología, Washington and Lee University, Estados Unidos. mperez@wlu.edu

Introducción²

Pese a importantes avances a lo largo de las últimas cinco décadas en la literatura sobre movimientos sociales, muchos aspectos de la participación política a nivel individual han recibido poca atención. En particular, las teorías sobre activismo con las que contamos son mucho más sofisticadas con respecto al rol que juegan las ideas de las personas, que en lo referido a sus prácticas. Como resultado, conocemos mucho más sobre cómo ciertos puntos de vista sostienen la participación, que acerca de cómo tomar parte en rutinas específicas conduce al mismo resultado.

Las siguientes páginas buscan llenar este vacío conceptual por medio de una exploración de las experiencias de participantes en el Movimiento de Trabajadores Desocupados en Argentina (también conocido como el movimiento piquetero). Sobre la base de una investigación etnográfica realizada a lo largo de tres años y medio, analizo cómo algunos activistas desarrollan un fuerte compromiso con sus organizaciones, a pesar de recelos iniciales y desacuerdos ocasionales con las posturas políticas de las mismas. Sostengo que estos individuos utilizan su participación para adoptar un estilo de vida amenazado por transformaciones en la estructura económica del país. El activismo permite adoptar una serie de rutinas personales consideradas virtuosas en las comunidades de clase trabajadora argentina, proporcionando a las experiencias cotidianas de varios militantes una reconfortante sensación de orden y honorabilidad en un contexto de declive socioeconómico.

Este proceso varía según la edad y el género. Respecto a lo primero, si bien los activistas mayores *reconstruyen* rutinas vinculadas a un pasado idealizado, los miembros más jóvenes *desarrollan* hábitos que nunca tuvieron la oportunidad de poner en práctica. Asimismo, el género de los

² Agradezco a Javier Auyero, Neil Gross, Michael Young, Maya Charrad, Henry Dietz, Bryan Roberts, Kenneth Andrews, Catherine Corrigan-Brown, Drew Halfmann, Natalie Aviles, e Ian Mullins, así como los miembros del laboratorio de Etnografía Urbana en la Universidad de Texas, proveyeron comentarios de gran utilidad. También agradezco la autorización para publicar una versión en español. Paola Nalvarte colaboró con la traducción. El Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires proveyó apoyo logístico para mi trabajo de campo.





activistas influye en sus experiencias. A pesar de su extenso historial de promoción de derechos de la mujer y minorías sexuales, las organizaciones de mi estudio reproducen nociones tradicionales de masculinidad y feminidad arraigadas en el ideal de vida familiar proletaria que buscan salvar de la extinción. Por lo tanto, los hombres y las mujeres en el movimiento no suelen ser dedicarse a las mismas actividades, ni siguen los mismos modelos de conducta.

Al centrarse en las prácticas cotidianas de los activistas, este estudio complementa la literatura sobre participación en movimientos sociales. Sin negar la importancia de las ideologías organizacionales, propongo que la participación sostenida de individuos en la acción colectiva puede también estar motivada por el deseo de participar en rutinas que proporcionen consistencia y respetabilidad a sus experiencias cotidianas. Por consiguiente, mi investigación sugiere la necesidad de enfocarse no solo en lo que piensan los activistas, sino también en lo que hacen mientras participan, explorando cómo sus prácticas en el movimiento se relacionan con otros aspectos de sus vidas.

Rutinas y participación política

Para entender el apego de las personas a un hábito determinado es necesario desentrañar cómo las prácticas asociadas al mismo interactúan con otros aspectos de la historia de cada individuo, generando disposiciones específicas (Bourdieu, 1977). El proceso por el cual una acción se torna atractiva varía de acuerdo a las características de cada ser humano. A lo largo de sus vidas, las personas son socializadas en diversas formas de relaciones, instituciones y normas, que conducen al desarrollo de ideas y expectativas idiosincráticas. Por tanto, la biografía de cada individuo es importante para el desarrollo de compromisos con distintas actividades porque influye en la manera en que dicha persona está predispuesta a disfrutar de ciertas rutinas o a verlas como “naturales” (Desmond, 2007;

Shapira, 2013). La valoración de una actividad es el resultado de un proceso mediante el cual los individuos atribuyen significados particulares a sus prácticas (Becker, 1963) y usan su participación en ellas para obtener algo que no pueden conseguir de otra forma.

Un aspecto central de estas apreciaciones es la oportunidad de adoptar modelos de conducta considerados virtuosos. La participación en ciertas rutinas ayuda a los individuos a construir una imagen positiva de sí mismos al encarnar roles sociales deseables. Es decir, las acciones no solo reflejan el sentido de moralidad de un sujeto, sino que también contribuyen a construirlo (Winchester, 2008). La participación regular en prácticas específicas permite a las personas proclamar su membresía en una categoría valiosa y establecer límites morales (Lamont, 2000) respecto de grupos de menor estatus. Como resultado, cuando un individuo usa su involucramiento en una actividad para personificar el tipo de persona que quiere ser, es probable que esta participación sea valorada como un fin en sí misma.

Asimismo, otro atractivo de las rutinas reside en su intrínseca predictibilidad, lo que brinda un sentido de orden y consistencia a las experiencias diarias de las personas –lo que Anthony Giddens (1979) define como “seguridad ontológica”–. La misma regularidad de un hábito contribuye a la percepción de tener la vida propia bajo control, especialmente en tiempos de crisis o en contextos de declive socioeconómico (Auyero y Kilanski, 2015). Al participar en las mismas prácticas una y otra vez, individuos en situaciones de incertidumbre saben qué esperar cada día.

En resumen, el compromiso con una actividad social surge de la resonancia de la misma con las experiencias y expectativas en las cuales una persona ha sido socializada. En particular, cuando las rutinas asociadas con dicha actividad se alinean con ideales de conducta particulares y otorgan una sensación de estabilidad cotidiana, es probable que se vuelvan muy atractivas.

Este enfoque puede iluminar nuestro conocimiento sobre cómo las personas se vuelven activistas, al explorar aspectos relativamente poco





estudiados de la movilización. Las últimas cinco décadas han sido testigo del desarrollo de sofisticadas teorías sobre cómo procesos ideológicos contribuyen al surgimiento, mantenimiento y declive de la participación política. Numerosos estudios han analizado cómo los individuos adoptan perspectivas que a su vez promueven la acción colectiva (Lofland y Stark, 1965; Snow y Phillips, 1980; Klandermans, 1997; Munson, 2008), y cómo la alineación entre por un lado la plataforma de un movimiento, y por otro las creencias e identidades individuales, contribuyen al surgimiento de la militancia (Jasper, 1997; Benford y Snow, 2000; Poletta y Jasper, 2001). Diversos investigadores también han analizado cómo la relación entre ideologías personales y organizacionales influye las trayectorias de largo plazo de los activistas (Passy y Giugni, 2000; White, 2010; Corrigan-Brown, 2011), así como la manera en que el apego a ciertas perspectivas políticas mantiene la participación a lo largo de la vida de ciertos individuos (McAdam, 1988; Andrews, 1991).

Sin embargo, gran parte de esta literatura también ha cuestionado la existencia de una relación directa entre ideología y participación en movimientos sociales, señalando que otros mecanismos también juegan un rol en el desarrollo y sostenimiento del activismo. El involucramiento en la acción colectiva suele ser el resultado de un proceso contingente, cuyos resultados rara vez están determinados desde el principio por algún conjunto particular de ideas (McAdam, 1988; Klandermans, 1997; Munson, 2008; Corrigan-Brown, 2011). Por el contrario, factores como las redes, los recursos y la disponibilidad biográfica de una persona median entre sus creencias y su compromiso político (Goodwin, 1997; Passy y Giugni, 2000; White, 2010). Además, numerosos estudios de caso sugieren que la experiencia misma de participar en un movimiento puede ser una motivación clave, más allá de cualquier imperativo moral, material o ideológico (McAdam, 1988; Wood, 2003; Shapira, 2013). En otras palabras, las prácticas asociadas con la movilización pueden actuar como su propio incentivo.

La falta de una relación directa entre creencias y acción colectiva es

consistente con la literatura psicológica y sociológica. Las investigaciones sobre consistencia actitud-conducta (attitude-behavior consistency, ver Gross y Niman, 1975; Schusmany Johnson, 1976) sugieren que las acciones de las personas no siempre coinciden con sus creencias (y menos aún, con las expresiones de opinión, ver Jerolmack y Khan, 2014). El trabajo de Ann Swidler sobre los usos de la cultura indica que las acciones cotidianas de muchos individuos no reflejan un conjunto cohesivo de ideas y normas. En contraste, los recursos culturales son utilizados como una “caja de herramientas”, recurriendo de manera pragmática a diversos componentes para construir estrategias de acción que abordan las diferentes situaciones que surgen en la vida diaria (Swidler, 2001). Por tanto, aunque las creencias de cada persona son ciertamente importantes, su poder explicativo es limitado debido a que su conexión con los comportamientos de los individuos no es necesariamente directa.

En consecuencia, un análisis más completo de las razones por las cuales los individuos se comprometen con el activismo necesita explorar cómo ocurre que las prácticas asociadas al mismo adquieren valor intrínseco. Sin embargo, los significados vinculados a la acción colectiva varían para diferentes personas (Munson, 2008; Corrigall-Brown, 2011; Viterna, 2013). No solo eso, sino que estos significados cambian a lo largo de la trayectoria de cada activista, reflejando transformaciones en la relación entre participación política y vida personal (Passy y Giugni, 2000; Fillieule, 2010; White, 2010). Por lo tanto, entender el sostenimiento de la participación implica explorar las maneras por las cuales la interacción entre características individuales y experiencias militantes generan disposiciones que, a su vez, mantienen el compromiso –lo que Nick Crossley (2003) llama “habitus radical”-.

Abordar este asunto requiere concentrarnos en el día a día de las organizaciones de movimientos sociales, no solo porque ese es el contexto en el cual los activistas pasan la mayor parte de su tiempo, sino también porque allí es donde suelen ocurrir el tipo de experiencias más importantes para sus subsecuentes trayectorias. Como sostienen Belinda Robnett





(1997) y Wendy Wolford (2010), es al nivel de los pequeños grupos donde la agenda de un movimiento social se traduce en motivaciones específicas que resuenan con las historias de vida de cada participante. Los eventos cotidianos en este contexto suelen ser más significativos que las características generales del movimiento al que pertenecen (McAdam, 1988; Blee, 2012; Shapira, 2013).

En resumen, las disposiciones de los activistas respecto de la participación política son como mínimo parcialmente influenciadas por la interacción entre sus rutinas militantes y otros aspectos (pasados y presentes) de sus vidas. Las páginas siguientes aplican esta idea a las experiencias de los participantes en mi caso de estudio.

El Movimiento de Trabajadores Desocupados

Desde 1980, América Latina ha experimentado un notable periodo de democratización. La mayoría de países en la región han sostenido niveles relativamente altos de libertades individuales, elecciones libres, y transferencias pacíficas de poder. Empero, este periodo también ha coincidido con drásticas reformas neoliberales que causaron una erosión del estado de bienestar y un aumento de la desigualdad y el desempleo estructural. Por tanto, las últimas tres décadas combinan una expansión de libertades políticas con la persistencia de graves disparidades económicas. Este escenario ha contribuido al desarrollo de nuevas experiencias de acción colectiva. Enfrentados por un lado con el deterioro de sus medios de subsistencia, y por otro con mayores oportunidades para el disenso, millones de latinoamericanos se han organizado para reclamar acceso a un estándar de vida decente (ver Roberts, 2008).

Las organizaciones piqueteras han sido una de las expresiones más importantes de esta ola. A pesar de una crónica inestabilidad política y económica, durante gran parte del siglo veinte la clase trabajadora argentina gozó de bajos niveles de desempleo, salarios relativamente altos, y

generosas políticas de bienestar social. Sin embargo, a partir de la década de 1970 el país entro en un proceso de desindustrialización, asociado a reformas económicas pro-mercado implementadas en un primer momento por la dictadura militar de 1976-1983, y con mayor intensidad durante el gobierno de Carlos Menem en la década de 1990. La consecuencia fue un importante deterioro del mercado laboral, que se agudizó especialmente en 2001-2002, cuando una mezcla de crisis externas y apreciación monetaria condujo al colapso económico más profundo en la historia del país (Lozano, 2002). El desempleo aumentó de 2,6% en 1980 a 7,4% en 1990 ya más de 20% en 2002. El empleo industrial cayó a la mitad, de 24,3% en 1990 a 12,8% en 2002. El trabajo informal pasó del 22% de la fuerza laboral en 1980 a casi el 50% en 2002. Pese a periodos de significativa expansión económica desde 2003, estos indicadores no han mejorado sustancialmente. Aunque la tasa de desempleo ha caído a alrededor del 10%, solo 13% de los trabajos se ubican en el sector de manufactura, y la informalidad continúa afectando como mínimo a un tercio de los trabajadores argentinos (MTESS, 2010; CEPAL, 2015).

Las primeras expresiones del movimiento piquetero ocurrieron entre 1996 y 1997 durante una serie de revueltas en las provincias de Salta y Neuquén, donde manifestantes bloquearon rutas para protestar por el repentino aumento del desempleo producto de la privatización de la compañía petrolera nacional (Auyero, 2003; Svampa y Pereyra, 2003). El éxito de estos eventos en obtener recursos de las autoridades, conjuntamente con la creciente utilización oficial de programas de transferencias condicionadas para calmar los disturbios sociales, promovió en otras partes del país la emulación de estos métodos de protesta. En consecuencia, surgieron organizaciones de trabajadores desempleados en todo el país, los cuales desarrollaron una estructura interna flexible y un eficiente repertorio de acción colectiva que les permitió ganar seguidores rápidamente. Muchas de estas organizaciones se conformaron como redes de grupos barriales que cortan rutas y avenidas para reclamar la distribución de asistencia, usualmente en forma de programas de empleo (conocidos





como “planes sociales” o simplemente “planes”) y alimentos (“mercadería”). Si tienen éxito, distribuyen estos recursos entre los participantes, basándose en criterios de necesidad y mérito: quienes tienen más dependientes y contribuyen más esfuerzo a la organización son priorizados. Asimismo, las organizaciones usan parte de estos recursos para ofrecer una vasta gama de servicios sociales en barrios carenciados, desde comedores y capacitaciones profesionales hasta atención médica y asesoría legal. La posibilidad de obtener ayuda material atrae a potenciales miembros a estas agrupaciones, lo que a su vez permite a las mismas continuar con su trabajo social y político. Esta combinación de métodos efectivos de protesta y gestión autónoma de programas sociales financiados por el Estado ha permitido a los grupos piqueteros continuar activos a pesar de las idas y venidas de las condiciones económicas del país. Si bien el movimiento en su conjunto perdió una parte considerable de su capacidad de movilización luego de los primeros años de la década de 2000, las redes que lo conforman continúan siendo actores visibles de la política popular en Argentina.

Las experiencias de militantes de a pie en el movimiento ofrecen valiosas lecciones para la literatura sobre participación política y movimientos sociales (Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009; Quiros, 2011; Manzano, 2013). En particular, mis entrevistas y notas de campo sugieren un enigma intrigante. La mayoría de los activistas consultados se unieron al movimiento, según una expresión común, “por la necesidad”: se encontraban en una situación desesperada por falta de recursos, y un conocido les conto de una organización que estaba “anotando gente” para recibir ayuda social. La gran mayoría tenía una percepción negativa del movimiento piquetero y poca experiencia en política. Una vez anotados, empezaron a asistir a manifestaciones y demás actividades, recibiendo a cambio alimentos, hasta eventualmente obtener un cupo en un programa de transferencias condicionadas. Puesto que las organizaciones sociales usualmente administran directamente estos programas, los entrevistados deben mantener su participación para continuar recibiendo beneficios,

permitiendo al grupo seguir demandando por aquellos que todavía no reciben ninguna ayuda del Estado. Dadas estas circunstancias, es razonable esperar que muchos de los nuevos participantes continúen participando mientras reciban recursos de sus organizaciones, y que se retiren cuando logren una fuente de ingreso más generosa y efectiva (algo no tan difícil considerando el magro salario de los distintos planes sociales). Sin embargo, el comportamiento posterior de muchos de los participantes cuestiona estas expectativas. Si bien varios se retiran cuando acceden a un trabajo o cuando la participación se vuelve demasiado demandante, otros se vuelven más comprometidos y gradualmente empiezan a hacer sacrificios personales para seguir involucrados. Algunos priorizan el activismo sobre las exigencias de la vida familiar y rechazan ofertas lucrativas para cambiar de agrupación. Otros encuentran empleo y aun así dedican numerosas horas a la militancia. Incluso es común ver a participantes que no se retiran cuando acceden a beneficios jubilatorios, los cuales no dependen del movimiento. ¿Qué procesos conducen a este nivel de apego? ¿Por qué algunos miembros hacen todo lo posible por mantenerse en su organización, mientras que otros en una situación similar no dudan en retirarse? Las siguientes secciones desarrollan una posible explicación.

Metodología

La evidencia para este estudio surge de un trabajo de campo etnográfico realizado en seis distritos del Área Metropolitana de Buenos Aires (Ciudad de Buenos Aires, Lomas de Zamora, La Matanza, Florencio Varela, Lanús y Esteban Echeverría) entre 2011 y 2014.³ Los resultados fueron 950 páginas de notas, así como 133 entrevistas a activistas pasados y presentes de nueve organizaciones piqueteras.⁴

³ Los trabajos de campo incluidos en este artículo fueron julio-agosto 2011, mayo-julio 2012, mayo-julio 2013, y diciembre 2013-septiembre 2014.

⁴ 55 encuestados se identificaron como hombres, 76 como mujeres y 2 como transgénero. 24 tienen 20-29 años, 12 entre





Las notas de campo y transcripciones fueron analizadas usando codificación abierta y focalizada (Emerson, Fretz y Shaw, 1995). El primer paso fue una lectura exhaustiva, enumerando los principales patrones y tendencias en los datos. Esta lista se usó para crear un conjunto de nodos más específico, que a su vez sirvió como guía para repetir el análisis sistemático línea por línea de la evidencia. El resultado fue la identificación de aspectos comunes y particulares en las experiencias de los participantes de mi estudio.

A excepción de diez reuniones con líderes nacionales, el grueso de mi trabajo consistió en entrevistas de historias de vida (Atkinson, 2000) con miembros de base, pasados y presentes, de diferentes organizaciones piqueteras. Mi objetivo fue obtener una descripción detallada de la historia personal de cada individuo en sus propios términos, explorando la relación entre sus prácticas en una organización piquetera y otros eventos de su vida.

En otras palabras, utilice las entrevistas para reconstruir las experiencias de los encuestados en lugar de formular preguntas interpretativas (Katz, 2001 y 2002). La relación entre declaraciones acerca de motivaciones personales, por un lado, y comportamiento real de un individuo, por el otro, suele ser pobre (Jerolmack y Khan, 2014). En otras palabras, las prácticas de una persona no siempre reflejan sus opiniones. Por consiguiente, centrar las entrevistas en las experiencias de vida de cada militante en vez de sus puntos de vista redujo el inevitable efecto de este problema. Asimismo, el hecho de ser argentino significó que los activistas raramente me percibían como un observador neutral, ya que en mi país el movimiento piquetero genera intensos desacuerdos. Puesto que los entrevistados saben que la mayoría de los observadores tienen opiniones fuertes sobre ellos, existe la posibilidad de que se hayan sentido obligados a dar respuestas socialmente aceptables en vez de compartir sus expe-

30 y 39, 28 entre 40 y 49, 41 entre 50 y 59, y 28 más de 60. 37 entrevistados se sumaron antes de 2000, 69 en entre 2000-2010 y 24 después de 2010. Tres encuestados no fueron claros respecto al momento de su reclutamiento. 118 eran miembros actuales, mientras que 15 se habían retirado.

riencias y percepciones. Por consiguiente, esperé al final de mi conversación con cada militante para preguntarle sus opiniones sobre el movimiento.

Recluté mis encuestados consultándoles durante la observación participante si querían ser entrevistados, generalmente acordando la reunión para otro momento. Asimismo, utilicé muestreo bola de nieve a fin de contactar a miembros pasados y aumentar la diversidad de experiencias representadas en mi muestra. Me asegure de pedir referencias luego de cada entrevista, así como a diferentes personas dentro de cada organización, para reducir el posible sesgo causado por entrevistados contactándome con personas con puntos de vistas similares a los suyos.

Además de brindar oportunidades para reclutar entrevistados, la observación participante sirvió como fuente de evidencia en sí misma. Si bien las entrevistas fueron una ventana a la historia personal y percepciones de cada activista, el pasar tiempo en diversas organizaciones me dio la oportunidad de presenciar las rutinas de la gente dentro del movimiento. Así pues, a medida que mi trabajo de campo avanzó fui progresivamente enfocando mi análisis en lo que los encuestados llaman “esos días en los que no pasa nada”. Continúe asistiendo a protestas y asambleas, pero también tome parte en las tareas ordinarias que ocupan la mayoría del tiempo de los militantes: papelerío, contraprestaciones y reuniones.

Historias de vida, experiencias cotidianas y trayectorias activistas. Respetabilidad trabajadora y participación sostenida

Tanto las entrevistas como la observación participante sugieren que la participación en el movimiento piquetero permite a algunos activistas tomar parte en rutinas asociadas a un ideal de vida proletaria respetable. Al ser consultados sobre sus experiencias al poco tiempo de sumarse, muchos entrevistados describen un escenario de aburrimiento, vergüenza y confusión:

Yo estoy orgullosa de ser piquetera. Antes no me gustaba.





Antes no me gustaba como yo te digo, que yo le decía “gente haragana que está jodiendo, cuando podría trabajar”. Y yo no tengo más vergüenza ahora, antes tenía vergüenza, de verdad que tenía vergüenza. Y no quería poner la ropa del piquete, cuando iba, iba escondida, volvía con vergüenza. (Priscila).

No obstante, muchos activistas también describen un proceso por el cual progresivamente comenzaron a entender y a disfrutar la participación. Las entrevistas están llenas de referencias a una resignificación de las prácticas individuales en el movimiento:

(Mi primer día) Fui a una asamblea, decía ‘¿acá hay que venir a escuchar esto, estas estupideces hay que escuchar?’, decía yo, bueno, me iba y me empecé a empapar, empapar, empapar, conocer la gente, y así hasta que quedé ahí adentro, no salgo más. (Macarena)

A veces los activistas presentan esta evolución en términos ideológicos (“el dirigente tiene que convencerte”, “Entendí por qué luchamos”, “Antes era liberal, ahora soy socialista”). Sin embargo, otros participantes hablan menos respecto de cambios en sus puntos de vista. Algunos hasta son indiferentes a la ideología de su organización. Por ejemplo, Jazmín afirma amar su trabajo en el movimiento, pero no está interesada en discutir los acontecimientos actuales del país:

No entiendo de la política, y algo que vos no entendés no te puede gustar. Para mí es re difícil la política, yo no la entiendo en la política mucho. Bueno, yo participo en lo que me piden y voy así, pero yo estar en política no me gusta, no entiendo, no.

Otros militantes son incluso antagonistas respecto a la ideología de su agrupación. Por ejemplo, Vanesa se unió al movimiento hace más de quince años. Ha participado desde entonces, pero tiene opiniones abiertamente contrarias a los principios de su grupo. Por ejemplo, cuando la entrevisté era una entusiasta partidaria del gobierno nacional, algo que

era anatema para Laura, la líder principal de su organización. Entre risas, me contó:

Vanesa: Para mi Cristina (Kirchner) es mi segunda Eva (Perón), Evita, porque ella está ayudando, vamos a decir, nosotros, nuestras que necesitamos para nuestra casa, tarda un poquito pero manda, otros gobiernos no. De otros gobiernos no me acuerdo que tuve ni una ayuda sino salíamos a pelear en el movimiento.

Pregunta: Y de este sí.

V: Y de este sí, salimos a pelear pero también ayuda. Lo que le pedimos nos da, tarda pero nos da.

P: ¿Y Laura que te dice cuando le decís eso?

V: Y ella se ríe. Se me ríe y me dice, te mato Vanesa. Cuando vamos a plaza de Mayo, está retándole a Cristina, yo le digo no-no. Yo nunca canto fuerte para ella, entonces Laura me dice, ‘¡Vanesa, cantá!’”. Eso siempre.

A pesar de tener diferencias con sus respectivas organizaciones, durante mi trabajo de campo pude observar que Jazmín y Vanesa ofrecían voluntariamente su esfuerzo y tiempo extra. Jazmín dedica varias horas del día a labores administrativas y tiene el conflictivo puesto de planillera, la persona a cargo de tomar asistencia y chequear que otros activistas cumplan con sus tareas. Las discusiones que esto le genera no parecen afectar su entusiasmo: todo lo contrario, suele invitar a sus conocidos a sumarse al movimiento. En el caso de Vanesa, su plan social tiene relativamente pocos requisitos. No obstante, a pesar de sufrir intensos dolores lumbares exacerbados por un accidente doméstico, contribuye a tareas exigentes como la distribución de alimentos, se sienta al frente durante la mayoría de reuniones y participa en manifestaciones pese a la fuerte oposición de su familia.

Ejemplos como los de Jazmín y Vanesa sugieren que la adhesión de los militantes al movimiento no depende de su ideología política. Este hallazgo es congruente con investigaciones etnográficas existentes sobre los piqueteros. Mientras varios estudios se han enfocado en las agendas





y estrategias de diferentes organizaciones (Svampa y Pereyra, 2003; Delamata, 2004; Pereyra, Perez y Schuster, 2008), numerosos trabajos etnográficos han hecho énfasis en la variedad de motivaciones y puntos de vista en los diversos individuos que forman parte de cada grupo (Auyero, 2003; Auyero, Lapegna y Page Poma, 2009; Quiros, 2011; Manzano, 2013). La diversidad ideológica al interior de las organizaciones piqueteras es aceptada abiertamente por incluso los participantes más ideologizados. Diego, líder de una organización de izquierda fuertemente crítica del Peronismo, me dijo al respecto:

En nuestra organización hay de todas las ideologías, inclusive, no abiertamente, pero hay sectores y hay compañeros que son trotskistas, y la gran mayoría, por lo menos en (distrito), la gran mayoría de los que tenemos organizados son peronistas. Por lo que te decía, este distrito es un distrito de raíces ideológicas del peronismo. Muchos no se identificarán con el peronismo actual, obviamente, pero sí con raíces, peronismo de Perón, Evita. Y bueno, eso es lo que somos. Un gran frente único, una gran alianza político y social que trata de contener a todos.

Aun así, la diversidad ideológica que prevalece en las organizaciones piqueteras no significa que estas dejen de sostener determinados valores y normas. Todo lo contrario, entrar al movimiento implica aceptar un conjunto extenso de expectativas, un contrato implícito que Julieta Quirós (2011) describe como la ecuación entre “hacer y merecer”. En todos los grupos que he observado se espera que los miembros participen en manifestaciones y reuniones regulares. Asimismo, aquellos que reciben un plan social deben cumplir con los requisitos oficiales asociados con el mismo. Por ello, la mayoría de los participantes se reúne todos los días en un lugar específico (usualmente la casa de un activista o un local de la organización), registra su asistencia, y pasa una cantidad de horas (generalmente cuatro o seis) trabajando en proyectos comunitarios.

Aun cuando la supervisión del gobierno en estos programas es poco rigurosa (durante mi trabajo de campo solo fui testigo de una visita de fun-

cionarios que fueron a controlar el trabajo de los beneficiarios), los grupos de mi estudio son relativamente estrictos en cuanto a asistencia y puntualidad. Esta actitud resuelve un dilema clave para cada organización: la única manera de obtener más recursos para sustentar su trabajo y ayudar a sus miembros es a través de presionar a las autoridades, pero su poder de negociación está asociado a su capacidad de movilización. Al exigir que cada miembro que recibe beneficios haga esfuerzos para mantenerlos (participando en manifestaciones, yendo a reuniones, cumpliendo los requisitos de su plan social), las organizaciones refuerzan la disciplina interna y garantizan la disponibilidad de gente para las protestas. Asimismo, la ecuación “hacer y merecer” también permite sostener un atractivo crucial: un ethos de disciplina y autosuficiencia. Probablemente el mejor ejemplo de este tipo de atracción es Jazmín, que a pesar de su renuencia a los debates políticos disfruta de participar porque ello le permite cumplir con el rol social de trabajadora responsable. Ella se compara favorablemente con amistades que rechazaron sus invitaciones para unirse al movimiento:

No quieren, porque no quieren tener horario para cumplir, no quieren venir a las marchas. Hay gente que no le gusta cumplir, no le gusta levantarse temprano, venir a trabajar... a mí me gusta.

El hecho de que personas como Jazmín profesen indiferencia respecto a la política pero crean fuertemente en el valor del trabajo duro, refleja un aspecto crucial, aunque frecuentemente ignorado, de las organizaciones piqueteras: cómo las mismas sirven de refugio para un estilo de vida proletario amenazado por la eliminación de los tipos de trabajo que lo hacen posible. La caída del empleo industrial impide el tipo de rutinas que por décadas han sido asociadas con la respetabilidad en las comunidades de clase trabajadora argentina. Los entrevistados insisten en que estas condiciones (un hombre que sale a trabajar todos los días, una mujer que cría a los hijos y se asegura de que no se metan en





problemas, la familia lentamente construyendo una casa propia) son cada vez menos comunes, refiriéndose a un pasado idealizado:

Hoy un matrimonio, tiene que salir a trabajar la mujer. No es como hace cincuenta años atrás, donde salía el hombre a trabajar y era suficiente. La mujer se encargaba de los hijos. Y entonces los chicos recibían una mejor educación. En cambio hoy no se puede hacer eso. Hoy la mujer tiene que salir a trabajar, los nenes se tienen que quedar con la abuela, la abuela hasta los once, doce años los maneja, y después los pibes se van a la esquina, ya el estudio queda a la deriva. ¡Ahí, lo que le está faltando es la madre! El padre trabaja, la madre los guía. (Alberto).

Todos los pibes, las pibas, nos juntábamos cuando iba a hacer un mandado, nos juntábamos en la esquina a tomar una gaseosa, las pibas íbamos a hacer los mandados, nosotros nos juntábamos en la esquina, pero todos trabajábamos, los padres trabajaban, las madres se quedaban en la casa con los chicos (...) después tuvieron que salir las madres, dejaban los chicos solos, encerrados, así los chicos van tomando la calle (Aldana).

Este ideal de vida proletaria se expresa en la demanda de “trabajo genuino”, es decir, un empleo estable con un sueldo decente asociado a rutinas, tareas y habilidades específicas. Pocas personas expresan esta noción tan claramente como Isabel, una jubilada de 70 años:

Te dan un plan, que no te sirve para nada, yo quiero que esa plata del plan lo pongan en fábricas, para que nuestros nietos aprendan a marcar un reloj, que aprendan a tener un horario, que aprendan, porque lo hemos aprendido nosotros, que tengan una jubilación digna, que tengan un sueldo digno.

Este ethos proletario, ciertamente, no es exclusivo de Argentina (Charlesworth, 2000; Lamont, 2000). Como lo han demostrado los estudios clásicos de la cultura de clase trabajadora, ser un obrero es mucho más que una forma de ganarse la vida: es acceder a un conjunto integral

de ideas sobre lo correcto y lo incorrecto (Hoggart, 1963; Thompson, 1971), un código moral que dota a la vida cotidiana de un sentido de coherencia, propósito y autoestima.

El atractivo de la participación en el movimiento piquetero tiene sus raíces en un fenómeno similar: ser miembro provee las razones y recursos necesarios para participar en rutinas asociadas a una vida proletaria respetable. El activismo se convierte en un espacio para materializar disposiciones desarrolladas en ámbitos que ya no existen o que están en peligro de extinción. Como muestra la siguiente sección, los miembros de mayor edad reconstruyen las prácticas que asocian con un pasado idealizado en el cual fueron obreros fabriles o amas de casa. Los miembros más jóvenes desarrollan el tipo de hábitos que consideran respetables pero que nunca tuvieron la oportunidad de experimentar debido a la falta de oportunidades de trabajo industrial. En suma, el progresivo involucramiento en las prácticas cotidianas del movimiento convierte a algunos reclutas indiferentes en militantes entusiastas.

Reconstrucción de rutinas pasadas

A Mauro le gusta decir que “tener un auto no es un lujo, sino una necesidad”. Es un hombre de baja estatura de unos cincuenta años que, como la mayoría de mis entrevistados, estructura su historia personal en torno a los diferentes trabajos que ha tenido. Sus experiencias son comunes a las de un sinnúmero de personas de mediana edad en comunidades afectadas por la desindustrialización. Dejó la escuela secundaria para trabajar como aprendiz en un pequeño taller: “Quería tener mi propia plata”. Su pasión por la mecánica y su notable capacidad de trabajo lo ayudaron a ascender posiciones hasta alcanzar su trabajo soñado: la línea de ensamblaje de una de las fábricas de automóviles más grandes del país. Mauro describe su tiempo en esa compañía como una época dorada. Ser operario del sector automotriz convalidaba su orgullo como un hombre





que había desarrollado una profesión, compensando su falta de educación formal con experiencia laboral, buenas referencias y trabajo duro. Tenía un buen sueldo que le permitía sostener a su familia cómodamente, evitando la necesidad de que su esposa trabaje y construyendo progresivamente una pequeña casa:

Cuando me junté con mi señora me vine a vivir a (distrito) (...) y compré el terreno en el que hoy en día vivo, con una casillita, hasta que pude hacer de material. A los ponchazos, lo fuimos haciendo, por suerte siempre me la rebusqué y laburé, plata que tenía la invertía en la casa. Es una casita modesta pero estoy a una cuadra de (avenida), gracias a Dios no le debo nada a nadie.

Sin embargo, este estilo de vida llegó a su fin a mitad de los noventa, cuando la reestructuración de la compañía donde trabajaba hizo que Mauro perdiera su empleo. Al igual que muchos trabajadores que enfrentaron una situación similar durante esa misma época en Argentina, intentó trabajar por su cuenta. No obstante, su nuevo oficio como remisero era peligroso y poco rentable. Luego de que le robaran el auto y la compañía de seguros se negara a pagarlo, Mauro se encontró sin trabajo y, lo que es peor, sintiéndose inútil. Su experiencia laboral y habilidades acumuladas desde que era un adolescente, que solían calificarlo para los mejores puestos de operario, se habían vuelto insuficientes para conseguir siquiera los trabajos más sencillos. Para un hombre acostumbrado a mantener a su familia, el efecto fue devastador:

Costó, porque salí a buscar trabajo y pedían jóvenes con estudios, yo tenía primario nada más, en ese momento (en fábricas) con primario entrabas, con recomendaciones, ahora te exigen secundario, tener estudios de mecánica, electromecánica, antes teniendo buenos antecedentes en referencias podías entrar, ahora con los tornos mecánicos, computarizados, secundario completo.

Incluso antes de ser despedido, la esposa de Mauro participaba en un comedor comunitario dirigido por una organización piquetera. Lo que empezó como caridad hacia otros se convirtió en el principal sostén de una familia atravesando momentos difíciles. Ella convenció a Mauro de sumarse, a pesar de sus dudas iniciales. Hasta el día de hoy, no se han ido. En más de quince años, Mauro ha cumplido todo tipo de funciones en el grupo. Trabajó durante mucho tiempo en diferentes proyectos cooperativos, primero limpiando calles y luego en vivienda y saneamiento, hasta que el diagnóstico de una hernia de disco hizo que sus compañeros le asignen trabajos administrativos. Desde entonces, sus actividades diarias son de uno o dos tipos. Cuando la organización toma parte en una protesta, él se encarga de la seguridad. Pasa horas vigilando con atención las acciones de la policía, al mismo tiempo que controla que los activistas no deambulen, beban alcohol o tengan mal comportamiento. La mayor parte del tiempo, sin embargo, Mauro llega alrededor de las 8 a.m. al edificio principal de la organización, un conjunto de oficinas y almacenes improvisados en uno de los barrios más pobres de Buenos Aires. Aunque su trabajo es ayudar con el papeleo y no esforzarse mucho físicamente, casi todas las veces que lo visité lo encontré haciendo diferentes tareas manuales: distribuyendo alimentos, arreglando maquinaria, preparando banderas para una protesta o ayudando con el mantenimiento del edificio. Generalmente se va a casa entre cinco y seis de la tarde, después de que la mayoría de la gente ya se fue. A Mauro parece encantarle estar ocupado: constantemente hace bromas mientras trabaja o durante las manifestaciones, y a menudo repite con orgullo: “Yo sé lo que es cumplir un horario”.

Activistas como Mauro aprenden a usar sus prácticas en el movimiento para recrear hábitos que asocian con mejores épocas de sus vidas. Estas son rutinas que solían constituir un componente esencial de su identidad personal, pero que se han vuelto imposibles debido a transformaciones sociales. Para Mauro, como para muchos de mis entrevistados, el problema de la desocupación es más que la falta de un ingreso





estable: es la sensación de que a pesar de haber seguido las reglas, aprendido oficios, trabajado duro, y acumulado conocimiento práctico, no tiene un papel que cumplir en la sociedad. Su experiencia es tristemente común. Horacio lloró al describir la escena de hombres adultos anotándose para un programa de asistencia en las oficinas de su organización:

Miraba toda la gente y toda la gente de mi edad, no había jóvenes, había dos o tres jóvenes nada más, entonces eso me dio tristeza, porque somos, en una palabra, rechazados (...) acá sos viejo y ya sos rechazado, no sirve, pero el conocimiento que tenemos nosotros, ¿a quién le vamos a dar? ¿a quién le vamos a enseñar?, lo llevamos a la tumba.

En *Meditaciones Pascalianas*, Pierre Bourdieu explora el dilema de los desocupados. De acuerdo con Bourdieu, estar desempleado implica no solamente una amenaza a la subsistencia: es la pérdida de un conjunto integral de principios que organizan la vida diaria. Por tanto, cuando Mauro, Horacio y muchos otros fueron expulsados del mercado laboral, se vieron privados de toda una serie de rutinas que daban sentido a sus vidas:

Privados de este universo objetivo de incitaciones e indicaciones que orienta y estimula la acción y, a través de esta, la vida social, solo pueden experimentar el tiempo libre que les queda como un tiempo muerto, sin propósito y sin sentido, (Bourdieu, 2000: 222).

El activismo permite precisamente la reconstrucción de estas rutinas valiosas. Para Mauro, pasarse todo el día arreglando cosas y ayudando a otros, con las manos sucias y el cuerpo sudoroso, es una manera de participar en prácticas que él asocia con un pasado dorado. Poco después de sumarse al movimiento, descubrió que podía utilizar la organización para recrear el tipo de vida al que estaba acostumbrado. La militancia le dio una excusa para despertarse temprano todas las mañanas y cansarse durante el día, ofreciendo innumerables maneras de encontrarle un pro-

pósito al tiempo libre no deseado. Aprendió oficios nuevos, desde instalar tuberías de agua hasta organizar a la gente durante una manifestación. En una organización de escasos recursos siempre hay cosas que necesitan arreglo. El movimiento se convirtió en una línea de ensamblaje sustituta, en donde puede sentirse útil y necesario:

Me levanto 6 y media, cosa de estar antes de las ocho en la organización cosa de ver qué hay de nuevo, que hay para hacer, en que se puede ayudar, que hay para organizar. Hay días que hay muy pocas cosas para hacer y hay días que no te alcanza el tiempo, días que te tenés que clavar hasta tarde, cuando traes mercadería, llevas, trasladas, todo, los que estamos acá en el local, a veces no tenemos ni días ni horarios, porque si tenés que venir un sábado o un domingo, cuando hay reuniones nacionales, federales, y los que tenemos responsabilidades sabemos que tenemos que estar.

Mauro también siente validación por medio de aconsejar a hombres jóvenes. Describe con orgullo cómo él y otros han “sacado a pibes de la droga”, invitándolos a reuniones y dándoles obligaciones: “algunos andaban en la peor (...) les dijimos si querían venir, a encargarse de los bombos, dijeron que sí”. Al involucrar a muchachos en las mismas rutinas que él valora, no solo los ayuda, sino que también confirma el valor de las mismas: sigue siendo saludable el vivir la vida de un obrero. Mauro dice que la clave para mantener a estos jóvenes en la organización es darles “un espacio en donde se sientan útiles, en donde estén bien contenidos”. Tal vez no se da cuenta del todo que esas palabras también se aplican a el mismo.

La posición de Mauro como mentor informal señala otro aspecto importante de la cotidianeidad del movimiento piquetero: una división de trabajo en base al género. Independientemente de sus características específicas, las organizaciones sociales no están aisladas de su contexto y, en consecuencia, su funcionamiento diario refleja las normas culturales que prevalecen en la sociedad en general, incluyendo aquellas concernientes a las relaciones de género (Robnett, 1997; Ferree y McClurg Mue-





ller, 2004) Como resultado, las percepciones, trayectorias y experiencias de los activistas varían de acuerdo a este aspecto, al menos hasta cierto punto (McAdam, 1988; Blee, 2012; Viterna, 2013). Las redes piqueteras frecuentemente superan al Estado en términos de los servicios que proveen a las mujeres de barrios pobres. Además, la escasez de miembros capacitados ocasionalmente obliga a estos grupos a romper con roles tradicionales a la hora de asignar tareas. Sin embargo, las organizaciones de mi estudio también reproducen normas de género asociadas al estilo de vida proletaria que sus miembros idealizan. Por consiguiente, las experiencias de los activistas hombres y mujeres tienden a ser diferentes. Así como los hombres como Mauro reconstruyen rutinas asociadas al empleo fabril, las mujeres en el movimiento generalmente recrean el tipo de labores domésticas vistas como la contraparte del trabajo en la fábrica. Por tanto, no es extraño que la mayoría de las activistas mujeres que entrevisté mencionen deberes domésticos tradicionales (cocinar, limpiar, cuidar) como los aspectos más gratificantes de su trabajo, o que las “copas de leche” (comedores populares para niños) sean casi siempre operadas por mujeres. Por ejemplo, Tita interpreta toda su experiencia militante en términos de su ayuda a niños, a pesar de que ha cumplido muchos otros roles:

Yo toda mi vida trabaje. Pero siempre pensé, digo, alguna vez voy a hacer algo por los chicos, porque a mí me gusta estar con los chicos. Porque yo tuve una infancia no muy... no pase hambre, pero cosas así, necesidades de tener un zapato lindo, para ir al colegio, un delantal. Entonces ahora tengo la oportunidad de darle algo a los chicos. Y participo. Digo, voy a pesar a los chicos, y llevo caramelos, llevo alfajor. En el verano llevo helado. Y me encanta hacer eso.

Tatiana forma parte del equipo administrativo en las oficinas de su organización, pero resalta la limpieza y la cocina como las tareas que la hacen sentir más útil:

Me gusta hacer todas las actividades que hay para hacer, por ejemplo, si hay una reunión y hay que cocinar, a mí me gusta estar para cocinar, si hay un plenario y hay que estar para limpiar, me gusta estar para limpiar, para todo lo que me digan, siempre voy a estar, porque es algo que yo lo siento adentro.

Personas como Tatiana y Tita describen su aprecio por estas actividades como una disposición arraigada, algo “que nace de adentro”. Poco después de unirse a una organización de piqueteros, encontraron que participar en ella ofrecía una manera de realizar el tipo de prácticas que, según su propia socialización, resultaban más apropiadas para las mujeres. La falta de trabajo estable obligó a muchas familias a adaptar su vida cotidiana para poder sobrevivir. Para muchas mujeres, rutinas percibidas como valiosas se volvieron menos posibles en el hogar, aunque todavía podían ser realizadas dentro de un movimiento social. Por ende, el activismo les permitió reconstruir hábitos domésticos asociados con su ideal de vida proletaria.

Desarrollo de nuevos hábitos

Si bien la reconstrucción de rutinas tiene sentido para activistas de mediana edad que recuerdan los significados de una vida centrada en el trabajo fabril, muchos de los miembros del movimiento son demasiado jóvenes para haber experimentado eso en sus vidas. Los argentinos de clase trabajadora que entraron por primera vez al mercado laboral a partir de los años '90 han estado desde el principio expuestos a una situación de alto desempleo estructural, baja formalidad y extensa desindustrialización.

Sin embargo, las nuevas generaciones no han dejado de idealizar una vida de clase trabajadora respetable, al estilo de sus padres. Muchos han sido socializados en las disposiciones del trabajo manual y han aprendido oficios de parientes mayores. No obstante, estas expectativas chocan





con la realidad de los cambios en la economía argentina, que está más orientada a los servicios y donde las credenciales educativas necesarias para acceder a buenos empleos suelen estar fuera del alcance de los sectores más desfavorecidos. Por consiguiente, muchos jóvenes sufren la imposibilidad de vivir el tipo de experiencias señaladas como deseables por su crianza. Pocos disponen de ocupación estable, y muchos dependen de trabajos esporádicos. Incluso aquellos afortunados que trabajan en la economía formal frecuentemente acceden a contratos de corta duración, sin beneficios. Como dice Leila:

Te hablo como juventud, la necesidad primordial que sale en todas las charlas, en todos los talleres, es el trabajo. Porque los pibes salen del colegio, y no pueden tener un trabajo porque en todos lados le piden experiencia. Salís del colegio, no tenes ninguna experiencia, ¿Cómo podés hacer para empezar con tu primer trabajo? Creo que el mayor problema de los jóvenes es la falta de trabajo.

Por consiguiente, para muchos activistas la participación en una organización de piqueteros ofrece la oportunidad de desarrollar un estilo de vida que de otro modo sería imposible. Tomemos el caso de Jonathan, un hombre de una veintena de años que se unió a la organización a mediados de los 2000, luego de ser despedido de su trabajo en un mercado mayorista. A pesar de tener originalmente una percepción negativa del movimiento, con el tiempo desarrolló un fuerte apego hacia su organización. Para él, los días de semana empiezan registrando su asistencia en una de las cooperativas del grupo. Después de aproximadamente seis horas de trabajo (que en diversos momentos de mi estudio consistió en cortar el césped de plazas, pintar escuelas y construir viviendas), ayuda a guardar herramientas en un depósito. A menudo se queda más tiempo asistiendo a reuniones, ayudando a mover mercadería, o reparando maquinaria. Por si fuera poco, es miembro de la sección juvenil de su organización y ayuda en la logística y seguridad de las manifestaciones.

Personas como Jonathan usan su participación para poner en prác-

tica hábitos que de otro modo no hubieran podido experimentar. El movimiento les ofrece una “identidad narrativa” (Sommers, 1994) basada en la noción del “trabajo genuino”, y una serie de prácticas que reproducen las expectativas y demandas de la vida de obrero. Sus organizaciones facilitan este proceso al otorgar una fuente de recursos que satisfacen necesidades básicas, al enseñar saberes y hábitos relacionados con ser buenos trabajadores, y al generar un espacio donde esos conocimientos aún son apreciados.

La importancia de una fuente de sustento reside en el hecho de que si las organizaciones piqueteras no fueran capaces de distribuir víveres y puestos en programas de transferencias condicionadas, muchos de los miembros se verían obligados a buscar recursos de otro modo. Esto reduciría severamente la capacidad de estas organizaciones para mantener involucrados a jóvenes, dado que son estos los más proclives a obtener el tipo de trabajos temporales comunes entre los argentinos de bajo nivel educativo (por lo general, construcción para los hombres y limpieza doméstica para mujeres). Tener un plan social hace posible el activismo, incluso si “apenas llegando a fin de mes”. Jonathan relaciona este ingreso con su capacidad de mantenerse a salvo de la epidemia de drogadicción que está destruyendo a sus amigos:

Yo soy un pibe que capaz vos te drogas yo estoy al lado tuyo, está todo bien. Pero yo no me voy a drogar, entendés, entonces yo para ellos yo soy un antidroga, soy un gato para ellos. Yo soy un pibe sano, nada más. Pero yo para ellos soy un buchón, no estoy en... ‘yo no me voy a drogar para estar bien con ustedes’. Para poder formar un vínculo en ese grupo. No. Si yo con lo que estoy ganando acá, yo me sostengo. Me sostengo para mi hija también. Yo cuando entre acá no tenía una bici, no tenía nada. Yo con este, con 1200 pesos me pude comprar mi moto. En cuanto antes cuando yo trabajaba en otro lado no me podía comprar nada. Pero fui, me fui acomodando. Sé un límite, hasta donde podés gastar, hasta donde no podés gastar.





Los grupos piqueteros también enseñan disposiciones asociadas a una respetabilidad trabajadora. Algunas de las mismas son específicas a ciertos oficios, como los proyectos de saneamiento en donde los jóvenes aprenden a instalar tuberías de agua. O el curso de electricista que Patricio está estudiando luego de salir de la cárcel. O las clases de cocina de Constanza, que ofrecen un diploma oficial. Las organizaciones también ayudan a los jóvenes a desarrollar actitudes percibidas como amenazadas por la falta de empleos fabriles, tales como tener disciplina, cumplir con un horario y lidiar con conflictos en el trabajo.

Las expectativas inculcadas en miembros jóvenes también reflejan el ideal de familia proletaria con una clara división de género. Los muchachos tienden a inscribirse en proyectos de infraestructura y mejoras comunitarias, mientras que las muchachas tienden más a elegir programas relacionados con servicios infantiles y comedores. Además, si bien todos los jóvenes están obligados a tener disciplina en el trabajo y autocontrol en el hogar, en la práctica el significado de estos ideales es específico en cuanto a género: para los hombres, ser responsable significa despertarse temprano durante la semana y limitar el consumo de alcohol a fuera del trabajo. Las expectativas para las mujeres también incluyen priorizar las tareas vinculadas a la maternidad sobre otros objetivos personales.

Finalmente, las organizaciones piqueteras no solo enseñan oficios específicos e inculcan disposiciones de clase trabajadora; también crean un espacio en donde esas habilidades son valoradas. En un contexto donde la gente joven está expuesta a una notoria inestabilidad laboral, con periodos breves de trabajo intenso seguidos de largos intervalos sin ocupación, los planes sociales en un movimiento social ofrecen rutinas predecibles y reconocimiento dentro del grupo hacia el tipo de capacidades que jóvenes excluidos del sistema educativo pueden ofrecer.

En resumen, los activistas jóvenes se comprometen con el movimiento de una manera similar a militantes de mayor edad, por medio de la participación en rutinas de clase trabajadora. Sin embargo, si bien para la generación de sus padres este es un trabajo de reconstrucción, para

ellos significa el desarrollo de nuevos hábitos. En un contexto de posibilidades limitadas para el crecimiento personal, el movimiento ofrece un ethos de clase trabajadora, además de los recursos y la capacitación para ponerlo en práctica. Sin duda, muchos no desarrollan estas nuevas rutinas, aunque para otros estos hábitos constituyen mecanismos mediante los cuales se convierten en militantes de largo plazo.

Conclusiones

Este artículo ha buscado complementar la literatura sobre participación política al explorar el rol que juegan las rutinas en el desarrollo del activismo de largo plazo. Sostengo que algunos miembros de las organizaciones piqueteras usan su participación en el movimiento para recrear y desarrollar rutinas proletarias asociadas a un estilo de vida idealizado y percibido como en declive. Estas prácticas proporcionan un sentido de orden y respetabilidad que las hace profundamente atractivas.

La diversidad de experiencias dentro del movimiento piquetero ofrece numerosos caminos para futuras investigaciones. Dos en particular están estrechamente conectados con mi argumento actual. En primer lugar, la influencia del género y la edad en las experiencias de los activistas exige un análisis más exhaustivo que el recibido en las páginas anteriores. He tratado ambos factores como mediadores dentro de un proceso más general (la participación en rutinas de clase trabajadora), pero una mayor comprensión de lo que se siente ser un piquetero requiere una atención más detallada a cada uno de ellos (para ejemplos de este enfoque ver Auyero, 2003; Quiros, 2011; Manzano, 2013). En segundo lugar, futuras investigaciones deben centrarse en las maneras en que los grupos de base funcionan como oasis de socialización en el contexto de un grave deterioro de la vida pública. Las mismas transformaciones que redujeron el acceso al mercado laboral para millones de argentinos han causado un incremento sustancial de la violencia interpersonal y el colapso de las ins-





tituciones comunitarias en innumerables barrios pobres. En ese contexto, las organizaciones piqueteras ofrecen un espacio donde las personas pueden interactuar entre sí con relativa seguridad. Por lo tanto, si bien este artículo está enfocado en cómo los activistas participan en rutinas laborales y domésticas, trabajos futuros también deben incluir cómo estas mismas personas protegen las prácticas comunales que se ven amenazadas por décadas de declive socioeconómico.

Más allá de las especificidades de mi caso de estudio, los hallazgos de este artículo sugieren tres temas interrelacionados de debate. En primer lugar, el atractivo de las rutinas para los miembros del movimiento piquetero sugiere que la relación entre las creencias personales y las prácticas activistas puede ser tan importante para la participación como su alineamiento con la ideología oficial de una organización. El valor que las personas atribuyen a la coherencia y la virtud en sus vidas cotidianas implica que enfocarnos en la gratificación que los activistas obtienen a partir de sus hábitos puede aumentar nuestra comprensión de sus trayectorias luego de sumarse a un movimiento.

En segundo lugar, si la movilización se vuelve atractiva debido a su resonancia con la historia personal de cada militante, entonces debemos asignar a sus experiencias por fuera del movimiento el mismo valor explicativo que a aquellas que ocurren dentro del mismo. Dado que los participantes suelen ver el activismo como inseparable de otros aspectos de sus vidas (Litcherman y Eliasoph, 2015; Mische, 2008), no debemos compartimentar en teoría esferas que están unidas en la vida real.

En tercer lugar, la teoría de movimientos sociales debe cuidarse de sobreestimar la importancia de eventos extraordinarios. Si bien la acción colectiva puede romper con las costumbres de las personas y exponerlas a nuevas experiencias, no debemos descartar el hecho de que su atractivo también puede residir en sus aspectos más ordinarios y comunes. El hecho de que las protestas a menudo surgen en defensa de elementos centrales de la vida diaria de una comunidad (Thompson, 1971; Jasper, 1997; ver también Kornhauser, 1959; Smelser, 1961), sugiere que tanto

la divergencia como la conformidad con respecto a la tradición puede promover el activismo.

Pese a avances considerables en la teoría de movimientos sociales, nuestra comprensión de la participación política continúa siendo más sofisticada respecto al papel de las ideas que en lo concerniente al atractivo de las prácticas. Como sugieren las trayectorias de los activistas piqueteros, la oportunidad de participar en rutinas valiosas puede ser tan crucial como el alineamiento entre las creencias personales y las ideologías organizacionales. Las investigaciones futuras deben explorar más a fondo esta posibilidad, examinando los diversos y multifacéticos mecanismos que sustentan la militancia de largo aliento.

Referencias bibliográficas

Corradi, J. E. (1996). "El método de destrucción. El terror en la Argentina." En *A veinte años del golpe con memoria democrática*, Quiroga Hugo y Tcach, César (compiladores)

Andrews, M.(1991). *Lifetimes of Commitment*. Cambridge: Cambridge University Press.

Atkinson, R. (1998). *The Life Story Interview*. Thousand Oaks: Sage.

Auyero, J. (2003). *Contentious Lives*. Durham: Duke University Press.

Auyero, J.; Lapegna, P.; Page Poma, F.(2009). "Patronage Politics and Contentious Collective Action: A Recursive Relationship." *Latin American Politics and Society* 51(3), pp. 1-31.

Auyero, J.; Kilanski, K.(2015). "From 'Making Toast' to 'Splitting Apples:' Dissecting 'Care' in Midst of Chronic Violence." *Theory and Society* 44(5), pp. 393-414.

Becker, H. (1963). *Outsiders*. Nueva York: Free Press.

Benford, R.; Snow, D.(2000). "Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment". *Annual Review of Sociology* 26, pp. 611-639.





Blee, K. (2012). *Democracy in the Making*. Nueva York: Oxford University Press.

Bourdieu, P. (1977). *Outline of a Theory of Practice*. Nueva York: Cambridge University Press.

_____ (2000). *Pascalian Meditations*. Stanford: Stanford Univ. Press.

Charlesworth, S. (2000). *A Phenomenology of Working Class Experience*. Cambridge: Cambridge University Press.

CEPAL. (2015). CEPALSAT, Bases de Datos. Accedido 27/09/2015 (http://estadisticas.cepal.org/cepalstat/WEB_CEPALSTAT/Portada.asp)

Corrigall-Brown, C. (2011). *Patterns of Protest*. Stanford: Stanford University Press.

Crossley, N. (2003). "From Reproduction to Transformation. Social Movement Fields and the Radical Habitus." *Theory, Culture and Society* 20(6), pp. 43-68.

Delamata, G. (2004). *Los Barrios Desbordados*. Buenos Aires: Eudeba.

Desmond, M. (2007). *On the Fireline*. Chicago: University of Chicago Press.

Emerson, R.; Fretz, R.; Shaw, L. (1995). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. Chicago: University of Chicago Press.

Ferree, M. M.; McClurg Mueller, C. (2004). Feminism and the Women's Movement: A Global Perspective, en D. Snow, S. Soule, y H. Kriesi (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements* (Pp. 576-604). Oxford: Blackwell.

Fillieule, O. (2010). "Some Elements of an Interactionist Approach to Political Disengagement." *Social Movement Studies* 9(1), pp. 1-15.

Giddens, A. (1979). *Central Problems in Social Theory*. Berkeley: University of California Press.

Grimson, A.; Ferraudi Curto, M. C.; Segura, R. (eds.). (2009). *La Vida Política en los Barrios Populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.

Goodwin, J. (1997). "The Libidinal Constitution of a High-Risk Social Movement: Affectual Ties and Solidarity in the Huk Rebellion, 1946 to 1954." *American Sociological Review* 62(1),pp. 53-69.

Gross, S. J.;Niman, C. M. (1975). "Attitude Behavior Consistency: A Review." *Public Opinion Quarterly* 39(3),pp. 358-368.

Hoggart, R. (1963). *The Uses of Literacy*. Harmondsworth: Penguin.

Jasper, J. (1997). *The Art of Moral Protest*. Chicago: University of Chicago Press.

Jerolmack, C.;Khan, S.(2014). "Talk is Cheap: Ethnography and the Attitudinal Fallacy." *Sociological Methods and Research* 43(2), pp. 178-209.

Katz, J. (2001). "From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part I)." *Ethnography* 2(4), pp. 443-473

_____ (2002). "From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part 2)." *Ethnography* 3(1), pp. 63-90.

Klandermans, B. (1997). *The Social Psychology of Protest*. Oxford: Blackwell.

Kornhauser, W.(1959). *The Politics of Mass Society*. Nueva York: Free Press.

Lamont, M. (2000). *The Dignity of Working Men*. Cambridge: Harvard University Press.

Litcherman, P.;Eliasoph. N.(2015). "Civic Action." *American Journal of Sociology* 120(3), pp. 798-863.

Lofland, J.; Stark, R.(1965). "Becoming a World-Saver: A Theory of Conversion to a Deviant Perspective." *American Sociological Review* 30(6), pp. 862-874.

Lozano, C. (2002). "Catástrofe Social en Argentina". CTA. Disponible en www.bibliotecacta.org.ar/bases/pdf/IDE00384.pdf.

Manzano, V. (2013). *La Política en Movimiento*. Buenos Aires: Prohistoria.





McAdam, D. (1988). *Freedom Summer*. Oxford: Oxford University Press.

Mische, A. (2008). *Partisan Publics*. Princeton: Princeton University Press.

MTESS. (2010). "Trabajo y Empleo en el Bicentenario". Disponible en http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/bicentenario/Texto_Publicacion_TRABAJO_Y_EMPLEO_EN_EL_BICENTENARIO.pdf

Munson, Z. (2008). *The Making of Pro-Life Activists*. Chicago: University of Chicago Press.

Passy, F.; Giugni, M. (2000). "Life Spheres, Networks and Sustained Participation in Social Movements: A Phenomenological Approach to Political Commitment." *Sociological Forum* 15(1), pp. 117-144.

Pereyra, S.; Perez, G.; Schuster, F. (2008). *La Huella Piquetera*. La Plata: Ediciones al Margen.

Poletta, F.; Jasper, J. (2001). "Collective Identity and Social Movements." *Annual Review of Sociology* 27, pp. 283-305.

Quirós, J. (2011). *El Porqué de los Que Van*. Buenos Aires: Antropofagia.

Roberts, K. (2008). "The Mobilization of Opposition to Economic Liberalization." *Annual Review of Political Science* 11, pp. 327-349.

Robnett, B. (1997). *How Long? How Long?*. Nueva York: Oxford University Press.

Schuman, H.; Johnson, M. (1976). "Attitudes and Behaviors." *Annual Review of Sociology* 2: 161-207.

Shapira, H. (2013). *Waiting for José*. Princeton: Princeton University Press.

Smelser, N. (1961). *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press.

Snow, D.; Phillips, C. (1980). "The Lofland-Stark Conversion Model: A Critical Reassessment." *Social Problems* 27(4), pp. 430-47.

Sommers, M. (1994). "A Narrative Constitution of Identity: A Relational and Network Approach." *Theory and Society*. 23(5), pp. 605-649.

Svampa, M.; Pereyra, S.(2003). *Entre la Ruta y el Barrio*. Buenos Aires: Biblos.

Swidler, A.(2001). *Talk of Love*. Chicago: University of Chicago Press.

Thompson, E. P.:(1971). "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century." *Past & Present* 50, pp. 76-136.

Viterna, J. (2013). *Women in War*. Nueva York: Oxford University Press.

White, R. (2010). "Structural Identity Theory and the Post-Recruitment of Irish Republicans: Persistence, Disengagement, Splits, and Dissidents in Social Movement Organizations." *Social Problems* 57(3), pp. 341-370.

Winchester, D. (2008). "Embodying the Faith: Religious Practice and the Making of a Muslim Moral Habitus" *Social Problems* 86(4), pp. 1753-80.

Wolford, W. (2010). *This Land Is Ours Now*. Durham: Duke University Press.

Wood, E. (2003). *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*. Nueva York: Cambridge University Press.

